

Fragmentos y Aforismos I  
Hipólito Orejuela Tapia  
*Presentación de Juan Charrasquea de la Colina*

*La muerte del profesor Orejuela Tapia (Córdoba, 1908-Madrid, 2001) ha dejado a la Escuela Popular de Sabiduría con un hueco irremplazable. Después del exilio de Honorato Buenavista (Asturias, 1878-México, D.F., 1953), Orejuela Tapia había sido el baluarte, por todos reconocido, de las enseñanzas del profesor Mairena (Sevilla, 1865-Asturias, 1909). La Escuela Popular de Sabiduría nunca recuperará el trozo vital que le han cercenado los hados.*

*Hipólito siempre se negó en privado a publicar cualquiera de sus escritos. Se negaba, cual Sócrates, a entregar a los intelectuales cotilleos, citas bibliográficas y anécdotas para sus cócteles y sus fiestuchas. Todos respetamos la voluntad de D. Hipólito, hasta el día de su muerte e incluso, diversos debates sumieron a la Escuela Popular de Sabiduría, sobre si publicar o no, las notas y donaires del profesor, pero al fin se resolvió con publicarlas sin ánimo de lucro en una tribuna que la mereciera.*

*Así pues se extiende por medio de la presente el deseo de que a través de los Fragmentos, notas y aforismos que aquí se les presentan, algo se pueda paliar la falta de presencia que nos hecha en la cara el destino y que indistintamente nos siega con guadaña pareja, del Profesor Orejuela Tapia. Sin ánimo de lucrar con su memoria y otorgarle una digna y modesta voz.*

*Se incluyen esta primera entrega, esperando pronto poder seguir enviando más, he incluido algunas notas a pie de página, pertinentes para que puedan ser entendidas por el lector actual.*

*(J.Ch.C.)*

- *De lo uno a lo otro*

El célebre ensayo de nuestro Abel Martín<sup>1</sup> intenta abrirnos como un espejo. Temo criticar, pero también temo que se pase desapercibido, que el hecho de contemplar *al otro* desde este *uno* que somos, se puede convertir fácilmente en una apropiación del *otro* por el *uno*. Es decir, que este *yo* que soy el *uno*, al intentar acceder al *ti*, que eres el *otro*, siempre se corre el riesgo de que lo único que *uno* haga, sea reducir al *otro* a una parte del *uno* mismo.

Estos riesgos son a los que a mi gusto que se consuman a diario con el psicoanálisis o con los intentos de reestablecimiento de identidades como hace lo propio Octavio Paz, a propósito de hablar de nuestro Abel Martín, en el epígrafe que abre su *Laberinto de la soledad*.<sup>2</sup>

Freud igualmente comete ese crimen contra el *otro*, porque antes de *pasar a*, intenta *conocerlo*. El *otro* posee ya una otredad que le hace imposible de someterlo a la humillación del conocimiento. Freud pretende reencontrar a ese *otro*, que existe por cierto, dentro de éste que es *uno*, para reintegrarlo con todas las de la ley a ese orden tan prístino que deberíamos ser capaces de observar en *uno*.

---

<sup>1</sup> Abel Martín (Sevilla, 1840-Madrid, 1888 ó 1898?), filósofo y poeta, maestro alabado de Juan de Mairena; escribió entre otras obras *De lo uno a lo otro*.

<sup>2</sup> Epígrafe que abría *El Laberinto de la Soledad* es un fragmento de Juan de Mairena: «*Lo otro* no existe: tal es la fe racional, la incurable creencia de la razón humana. Identidad=realidad, como si, a fin de cuentas, todo hubiera de ser, absoluta y necesariamente, *uno y lo mismo*. Pero lo otro no se deja eliminar; subsiste, persiste; es el hueso duro de roer en que la razón se deja los dientes. Abel Martín, con fe poética, no menos humana que la fe racional, creía en *lo otro*, en “La esencial heterogeneidad del ser”, como si dijéramos en la incurable *otredad* que padece *lo uno*.» JM, I, 2.

«Lo inevitable es ir de lo uno a lo otro»<sup>3</sup> dice Juan de Mairena. Pero el viaje no es el conocimiento. Viajar no significa, pese a todos los intentos de estas nuevas formas de turismo, conocer. La ida del *uno* hacia lo *otro*, solo puede ser entendida a la luz de la continúa desintegración del *uno*; y no como una vía para transformar y reintegrar a lo *otro* como parte de eso que es *uno*.

La ida de lo *uno* es sobre todo la caída de lo que somos hacia otro lugar que no es susceptible de reintegrarse. Que no se puede reintegrar. Cualquier otro deseo es la muerte de esa ida, de ese *pasar a*.

\*\*\*

Sumergirse en *lo otro* es otorgar calidad de fracaso al individualismo.

\*\*\*

Se nos quiere vender la idea, o al menos toda la historia de la filosofía desde Parménides así lo intenta, de que la dialéctica original, los contrarios originales, la última reducción del sí y el no, es *lo uno* y *lo otro*; que con algunas licencias bien podríamos transformar en *el ser* y *la nada*. Sea cual sea lo que tenemos entre manos, se tiene a creer que esto es la máxima reducción a la que se puede llegar y que ningún concepto puede escapar, sea por error o por omisión, a cualquiera de estas dos cosas. O bien, es *uno*, o bien, es *otro*. O bien *es*, o bien *es nada*.

Sin embargo, si somos más quisquillosos, más escépticos como el ilustre Doctor Buenavista nos encomendó la tarea de serlo; notaremos que el *otro*, o bien la *nada*, no resulta tan sencilla de zanjar o definir. Ciertamente se define a la nada a partir del *ser*, como aquello que no es, aquello que liquida criminalmente al *uno*, o bien, *al ser*.

Sin embargo si queremos contemplar a la *nada* desnuda, se nos hace patente de que no puede ser entendida si no la aparejamos con el *ser*. De hecho, de igual forma cuando se habla del *ser* no puede entenderse si no se habla a la par de la *nada*, o por lo menos se tiene una idea de lo que es. Por lo tanto ese paso de lo *uno* a lo *otro*, es simplemente una exploración, una excursión del propio *uno* sobre el *otro*, para darnos cuenta que en el fondo son siempre la misma cosa; de ahí que el salto que haya hecho Freud por ejemplo, sea siempre en busca de unir eso *otro* con eso *uno*.

\*\*\*

Un filósofo va por la calle y se topa a Otro.

-¡Vaya, Otro, qué cambiado estás!

-Pero... yo no soy Otro.

-¡Efectivamente! ¡Más a mi favor!

Le estrecha la mano y continúa su camino.

\*\*\*

¿Qué puede surgir del *otro*? ¿Qué canciones cantará?

Cuando le hago estas preguntas a mis alumnos siempre se quedan callados.

---

<sup>3</sup> JM, I, 23.

- *Del arte*

Si somos capaces de dividir el arte bueno y el arte malo, como dividimos el *ser* y la *nada*; o lo *uno* y lo *otro*, entonces deberíamos tener bien claro que el arte sólo puede ser él mismo, cuando venga de lo *otro*, cuando sea una creación *ex nihilo*.

*Y de la nada*, no quiere decir que llegue a partir de un punto cero que se mueva mágicamente a crear algo, a partir de nada. Sino que *de la nada*, quiere significar que está hecha por alguien que no soy yo.

\*\*\*

En caso de que no dividamos nunca el arte, de que entendamos que el arte es siempre hijo de lo mismo, entonces habríamos por empezar diciendo que todo el arte es artificial; en el sentido más amplio de la palabra.

Para los griegos la *techné* era un término que dio mucho de que hablar. En Platón, sobre todo, el arte o *techné*, está dado por una naturaleza superior. El arte del zapatero, por ejemplo, contempla al 'zapato', para realizar su labor. El arte del conductor de caballos, también tenía una suerte de contemplar al Bien, (al buen conducir que es propio de lo caballos). Por eso al Divino Platón le disgustaban todos aquellos que hoy día, irónicamente, conservan aún el epíteto de artistas: pintores, escultores, poetas, actores y escritores.

Ciertamente que el 'arte' griego se parece más a nuestra técnica. Aunque no está del todo claro si el arte, tal y como lo entendemos nosotros, sea algo más que técnica. ¿Llegará acaso al grado de *poiesis*, que es en cierta forma la creación a partir de la nada?

En cualquier caso su artificialidad siempre estará ahí presente, sea en forma de técnica, como la imitación del Bien; o en forma de arte, como la imitación de la imitación del Bien.

Al menos esto ocurre si nos decidimos a dejar morir al arte.

\*\*\*

-¿Este cuadro es bello, D. Eustaquio?

-Eso depende.

-¿Depende de qué?

-De quién lo esté mirando.

-Entonces permítame ir al fondo de la cuestión: ¿Quién está mirando el cuadro, D. Eustaquio?

-Pues yo.

-¿Y quién es usted, D. Eustaquio?

-Pues... yo.

-Entonces, ¿quiere usted decir que toda la teoría estética deriva única y exclusivamente de esa dubitativa tautología, y que en el fondo cuando uno busca lo bello en las cosas, esta buscando alguna parte de sí mismo, algún secreto reflejo que está en ese cuadro?

-Efectivamente.

-D. Eustaquio, ahora bien, le vuelvo a preguntar: ¿Este cuadro es bello?

-No... no lo creo.

\*\*\*

Entre las muchas cosas que pueden llevar a hacernos juzgar mal a las obras de arte es el convertirlas en simples números. Así cuando a uno de mis alumnos le pregunté si le parecía bello o no, tal o cuál libro; respondiome:

-A decir verdad, señor profesor, poco provecho hallé en sus páginas.

-¿Así que la belleza tiene que ser aprovechable?

-No lo sé; pero sí creo que algo bello es moralmente bueno, y en cambio al leer este libro lo único que hizo fue dejarme una sensación extraña de vacío.

-¿Y eso es malo?

-Sí, señor profesor, o al menos eso creo.

-¿Y de qué debería estar lleno ese vacío?

-De cosas bellas y buenas.

-¿Y las cosas bellas y buenas se pueden contar?

-Sí... creo que sí.

-Está lleno de incertidumbres, me temo. ¿Y cuantas cosas bellas y buenas tiene usted hoy dentro de sí?

-La vida, por lo menos.

-¡La vida! ¿Y es acaso que ese libro se la arrebató?

-No, pero ciertamente hablaba más de la muerte que de la vida. Su autor escribió lleno de negatividad.

-¿Escribió, pues, de la muerte?

-Sí.

-O sea que para usted aquello que es bello es bueno, y por tanto útil.

-Si fuera de otro modo, ¿tendría sentido pagar por los libros?

-En ese caso todos estamos en un perenne saldo cero, ¿no cree? ¡Ni siquiera somos capaces de derrochar!

\*\*\*

Según cierta rama de la economía, el hecho de celebrar es un acto económico. Algunos suponen que se elimina el excedente del capital. Hoy día, más que nunca, ese hecho está claro; por lo tanto se exige hasta a una lúdica novelucha, que algo te enseñe, que descendas del corazón de la lectura con un saldo positivo inscrito en el alma; aunque sea mentira eso de que las cosas bellas y buenas se puedan contar.

- *De la adultez*

La prisa por vivir siempre está ahí presente. De ella no nos escapamos nadie. Seguramente el mayor temor, para nosotros los que tardamos tanto tiempo en morir, es que de pronto sintamos que antes de la muerte orgánica, ya se nos haya muerto parte de nuestro espíritu.

Y ahí andamos todos en busca de las dietas, los ejercicios, las lecturas provechosas, los programas televisivos culturales, los pasatiempos y el trabajo, llenando ese supuesto tiempo que se nos muere en las manos.

Convirtiéndonos, a fuerza de voluntad, en algo que pueda nombrarse, como las regiones más lejanas de la Luna. Y por fin poder convertirnos en la aseveración categórica, la generación entrante, la antorcha encendida, ser por fin adultos.

\*\*\*

Los adultos, ante todo, creen ser ellos mismos. Desconocen, sea por voluntad propia o por hábito, el paso del *uno* al *otro*, para ellos no existe algo así como algo *otro*. Felices son ellos contemplándose a sí mismos como el baluarte más querido y más absoluto de eso que llaman vida. Vida, que por supuesto, es *una...* y a veces tan clara y tan terrible como los anuncios de electrodomésticos.

\*\*\*

Los trabajos antropológicos de las últimas décadas nos han permitido someternos a la pregunta por lo adulto de una manera demasiado radical y demasiado abierta como para que nos gusten los resultados.

Cuando se empezó a abandonar, allá por los años 30, la idea de que las comunidades indígenas y originales de África, Asia, América del sur y del norte, fueran algo así como pueblos en estado primitivo, como si estuvieran únicamente esperando los milenios, la fuerza divina de la técnica, para que los colocara a la par que Europa y los países occidentalizados; surgió la pregunta por la soberanía de la elección y el problema del adulto.

La nueva capacidad de la modernidad cuando se autonombró a sí misma como la madurez de la humanidad, nos ha dejado a nosotros en una vida de muertos. En realidad, después de la madurez sólo puede existir la muerte. Nosotros tardamos mucho tiempo en descubrirlo, algunos 150 años, para empezar a notar los cambios que se gestaron allá por la Revolución francesa. Sin embargo esta noticia siempre estuvo muy clara para los originales, los indígenas. Normalmente para nombrar a los adultos, estas civilizaciones tienen palabras tales como “el medio-muerto” o “el que-conoce-la-muerte”. Saben, sin lugar a dudas, que llegar a la adultez es más o menos perder el vínculo con lo natural y por ende con la vida.

¡Qué prisa tenemos por morirnos en este occidente de pacotilla! ¡Y hasta celebramos cuando nos dan nuestro Carné de Identidad!

\*\*\*

-D. Eustaquio...

-Sí, dígame, prof. Orejuela.

-¿Usted cree que todos los espectáculos o funciones de cinematógrafo, deberían ser aptas para todos los públicos?

-De ninguna forma, creo yo. Hay espectáculos a los que ningún infante debe ser sometido a observar, podría afectarle de maneras irreversibles.

-Ya. ¿Y qué clase de espectáculos? ¿Pornografía, por ejemplo?

-Pornografía, violencia o distintos actos pecaminosos... sí.

-¿Y usted a presenciado alguno de esos espectáculos?

-Pese a la vergüenza que me provoca, debo de decirlo sinceramente... sí, he asistido.

-¿Y por qué no le ha afectado a usted de maneras irreversibles?

-Porque tengo pleno uso de razón.

-¿Y eso que significa?

-Que soy un adulto.

-¿Y eso que significa?

-Que ya muy difícilmente puedo cambiar...

-¡Vaya! Así que la razón de la prohibición de determinados actos a los seres infantiles es que son susceptibles de cambio, mientras que nosotros, con nuestros pertinentes hábitos mórbidos, nuestro gusto por la hipocresía y las distintas y variadas permisividades morales que a diario ejercemos; no hemos de cambiar nunca.

-Así es. Árbol que crece torcido...

-Estamos ya medio muertos, D. Eustaquio.

-¿Y por qué lo dice, prof. Orejuela?

-Porque *sigo siendo el mismo* a pesar de leer novelas negras.